



Agustín, buscador en compañía

Fernando Pascual, L.C.

En la existencia humana surge un deseo continuo de acercarnos lo más posible a la verdad. La necesitamos, para que la voluntad alcance bienes auténticos. La pedimos cada vez que nos dejamos aconsejar. Buscamos promoverla, al responder a una pregunta o al corregir a quienes creemos están equivocados.

San Agustín fue un enamorado de la verdad y de la belleza, del bien y de todo lo que conduce hacia Dios. Por eso, en el camino de la vida se dejó ayudar por otros, y también ofreció ayuda a quien se la solicitaron. Al mismo tiempo, reflexionó en diversos momentos, como se evidencia al leer sus obras, sobre esa capacidad humana de buscar la verdad en compañía de otros.

Estas líneas pretenden acercarse, desde algunos escritos agustinianos, a reflexiones del santo de Hipona sobre el tema de la verdad, con una perspectiva muy concreta: la ayuda que los hombres pueden darse mutuamente para alcanzarla.

Se podría formular este tema recurriendo a una expresión que hoy cuenta con poca simpatía, pero que sirve para describir una dimensión ineliminable de la vida humana: el frecuente uso del principio de autoridad. No gusta la expresión, porque la palabra «autoridad» ha sufrido ataques continuos sea desde el mundo de la filosofía (basta con recordar a Descartes, sin olvidar a autores del mundo antiguo o medieval), sea desde las dramáticas experiencias de las dictaduras totalitarias del siglo XX.

Sin embargo, más allá de las críticas y de los excesos, el recurso a la «autoridad» en sus dimensiones comunicativa y pedagógica mantiene una vigencia sorprendente, hasta el punto de que la gente continuamente busca y acoge a quienes, según supone, ofrecen un acceso a informaciones relevantes en tantos ámbitos de la experiencia humana.

Es posible una aproximación a esa misma experiencia con la ayuda de otras palabras que podrían evitar las dificultades que surgen a la hora de hablar del «principio de autoridad». ¿Cuáles podrían ser? Tal vez las siguientes: principio de acogida, o principio de aceptación. Con ellas se busca expresar esa manera tan humana de trabajar juntos hacia la verdad, de dar y recibir, de aceptarse mutuamente¹.

En esta experiencia humana, que tanta relevancia tiene en todos los tiempos, también en el nuestro, evocar algunas ideas presentes en diversos escritos de san Agustín ayuda a colocarnos en un largo camino de reflexiones sobre el tema.

Las obras escogidas para este análisis son las siguientes: *Contra academicos*, *De magistro*, *De utilitate credendi*, *De doctrina christiana* (libro IV), y *De catechizandis rudibus*². Ahora pretendo elaborar una síntesis de ideas ofrecidas en esos textos, en los que brilla no sólo una teoría sobre la comunicación humana, sino también una sugestiva serie de intuiciones pedagógicas.

Antes de la síntesis, ofreceré una breve presentación de las diferentes obras agustinianas, para ubicarlas en su época de composición y para tener presente una visión general de sus contenidos.

¹ En una publicación con la que intenté formular hace años esta misma idea, describí así el «principio de acogida»: «Acogemos como verdadero y fecundo un conocimiento que otro nos transmite cuando, y sólo cuando, descubrimos o presumimos en el transmisor una competencia suficiente respecto de aquello que nos está comunicando. A su vez decimos algo a un receptor cuando, y sólo cuando, descubrimos su “incompetencia” respecto de aquello que le vamos a comunicar, y nuestra aptitud intelectual en ese campo del saber» (F. PASCUAL, *Educación y comunicación en Platón. Una contribución al debate actual en torno a la escuela de Tubinga-Milán*, PPU, Barcelona 1996, 275).

² Sobre cada una de ellas he elaborado, con la mirada puesta en la teoría dialógica y educativa de Agustín, los siguientes artículos (que cito según el año de publicación): F. PASCUAL, «Experiencia y autoridad en el *Contra académicos* de san Agustín», *Alpha Omega* 5 (2002), 159-185; «Comunicación y lenguaje en el *De magistro* de san Agustín», *Alpha Omega* 6 (2003), 37-57; «Una retórica para la eternidad: el libro IV del *De doctrina christiana* de san Agustín», *Alpha Omega* 8 (2005), 307-322; «“Empirismo retórico” en *La catequesis de los principiantes* de san Agustín», *Alpha Omega* 12 (2009), 57-80; «El *De utilitate credendi* y la teoría dialógica de san Agustín», *Alpha Omega* 14 (2011), 3-32.

I. Breve presentación de los escritos

1. *Contra academicos*

Un anhelo de muchos seres humanos consiste en contar con tiempo adecuado para reflexionar sobre temas fundamentales. Agustín dispuso de ese tiempo en los meses que transcurrió en Casiciaco, en el norte de Italia, entre los años 386 y 387. Fue un tiempo para convivir y dialogar en grupo. Fue un tiempo para pensar en voz alta, para escuchar y recibir nuevos estímulos en compañía de familiares y amigos.

El *Contra academicos*, texto que Agustín redacta con sus recuerdos sobre aquellos momentos tan particulares de su vida (inmediatamente después de su conversión), testimonia una gran viveza intelectual y abre espacios para afrontar temas esenciales que permiten comprender fenómenos como el pensamiento y el diálogo.

Desde el inicio, brilla el deseo de conocer la verdad de quien se convierte en un «buscador en compañía», con la mirada puesta hacia la ayuda que puedan ofrecer algunas «autoridades» (como Carnéades o Cicerón), con lo que tengan de valioso y con un espíritu crítico que permita individuar sus puntos débiles y sus errores.

La obra se caracteriza por su espontaneidad y sencillez. Se lee con agilidad, gracias a la libertad con la que los personajes pueden perfilar sus ideas, preguntar libremente a los otros, recordar lo dicho cuando sea oportuno, corregir o refutar ciertas afirmaciones (también las ofrecidas por «autoridades»), en un clima de paz y de escucha.

El tema queda perfilado desde el principio: la búsqueda de la verdad. Para ello, Agustín y sus interlocutores recuerdan enseñanzas de importantes pensadores antiguos, el sentido de las mismas, y gozan de libertad interior para criticar lo que consideren inadecuado y para evidenciar aquellos elementos que parecerían explicar mejor el modo humano de huir del error y de acercarse a lo más verdadero.

No hay prisas. La «agenda» se establece desde los pareceres de los participantes, y queda abierta a correcciones o adaptaciones según las necesidades y según la misma marcha de la jornada, con sus pausas para comer o con la interrupción cuando la llegada de la noche hace difícil transcribir las intervenciones de unos y otros.

En toda la obra se respira la frescura de un neófito. Agustín, ya miembro de la Iglesia, tiene la mirada puesta en Cristo y reconoce en Él al verdadero Maestro y al guía que lleva hacia la verdad. Pero ello no impide analizar otras opiniones, para acoger lo que pueda ser válido en ellas (por ejemplo, algunas ideas de Platón), y para dejar a un lado lo que sea visto como erróneo (como el probabilismo atribuido a los académicos y a Cicerón).

2. *De magistro*

El ambiente que envuelve esta obra resulta diferente respecto del que se respira en *Contra academicos*. Aunque ha pasado todavía poco tiempo desde la conversión (el *De magistro* habría sido escrito hacia el año 389), las conversaciones no se desarrollan en Italia, sino en la nativa Tagaste. Ya no estamos ante varios interlocutores y amigos de Agustín, sino ante una sola persona: su hijo Adeodato.

Estas diferencias no quitan la libertad con la que se desarrolla el diálogo, que muestra, así, afinidad con el anterior, sobre todo respecto al interés que ocupa el estudio acerca de la enseñanza entre los seres humanos. Sin embargo, la estructura parece pensada de modo más didáctico, pues tras abordar el tema del lenguaje y los significados que lo sostienen, Agustín y Adeodato profundizan en el sentido y posibilidad de la educación, y en la búsqueda de caminos que superen posibles contradicciones y problemas que surgen al considerar el lenguaje como un medio para recordar o para enseñar cosas nuevas.

En un cierto momento, el discurso es dirigido enteramente por Agustín, ante el silencio atento de su hijo, que solo al final da las gracias a su padre por el largo discurso, para luego ofrecer una especie de resumen conclusivo sobre el lenguaje y su papel en el aprendizaje.

3. *De utilitate credendi*

Esta obra fue elaborada pocos años después de la conversión de Agustín, entre el 391 y 392, época que coincide con sus primeros meses como sacerdote recién ordenado. Está dirigida a una persona concreta, un amigo de juventud llamado Honorato. Domina un tono personal, en el que no falta un sincero deseo de conseguir que Honorato abandone

las ideas maniqueas, que compartió, como Agustín, durante años, para que pueda adherirse a la fe católica.

A lo largo del texto, Agustín busca rebatir varios errores de los maniqueos y propiciar una actitud adecuada que permita dejar a un lado la duda, para abrirse a la comprensión de la Biblia, y para reconocer que la verdad puede encontrarse entre los católicos. Ello lleva a Agustín a reflexionar desde algunas ideas, que también están recogidas en las otras dos obras apenas citadas, sobre aspectos importantes de la teoría dialógica.

4. De catechizandis rudibus

Un diácono llamado Deogracias pide a Agustín consejos para poder llevar a cabo su cometido como catequista. Así surge este escrito, elaborado en una fecha no fácilmente determinable (quizá entre los años 399 y 400), que expone, con la mirada puesta en la catequesis, principios importantes sobre la comunicación humana y la educación.

La obra tiene una estructura que recuerda, en cierto modo, un texto clásico, el *Fedro* de Platón. Si Platón inicia su obra sobre la retórica con tres ejemplos de discursos y luego pasa a reflexionar sobre los modos de presentación de un contenido según la materia y según los interlocutores, san Agustín expone primero diversas ideas los modos de exposición para luego ofrecer dos discursos que sirvan como ejemplo, uno de un discurso largo, y otro de uno breve.

Los diferentes consejos que se ofrecen sirven, sobre todo, para la catequesis dirigida a quienes empiezan a conocer la doctrina católica y muestran un deseo de pertenecer a la Iglesia. Al mismo tiempo, Agustín busca comprender lo que ocurre en el mismo catequista, sus posibles reacciones, sobre las cuales ofrece consejos y reflexiones de gran belleza y, sorprendentemente, de una inagotable actualidad para nuestro tiempo.

5. De doctrina christiana (libro IV)

Mientras Agustín elaboró los tres escritos apenas presentados en los primeros años tras su conversión, el ambiente en el que surgió *De*

doctrina christiana es muy diferente y complejo, pues empezó a redactar la obra hacia el año 396 y solo la terminó unos 30 años después. El libro IV, escogido para esta síntesis, fue redactado en la última fase, hacia el año 426, en coincidencia con su madurez y tras haber elaborado dos importantes obras: *De trinitate* y *De civitate Dei*.

En *De doctrina christiana* resulta fácil distinguir dos partes. Los primeros tres libros (redactados casi en su totalidad entre los años 396 y 397) analizan el modo de conocer. El libro IV, en cambio, reflexiona sobre el modo de presentar o comunicar una temática ya conocida, es decir, las verdades relativas a la fe cristiana.

II. La verdad, puente entre el discípulo y el maestro

Intentemos ahora tejer una síntesis de lo que estos escritos agustinianos ofrecen sobre los temas del diálogo, de la enseñanza y de la comunicación humana, sobre ese «buscar en compañía» que caracteriza tantas experiencias de todos los tiempos.

Para cada ser humano la búsqueda de la verdad ocupa un puesto único, pues la verdad es deseada no solo para orientar nuestros pensamientos, sino también para que las decisiones puedan alcanzar metas buenas y abrir el acceso a la plenitud y a la felicidad completa, que se encuentran solamente en Dios.

En la búsqueda de la verdad contamos con diversos caminos. Uno de ellos tiene una relevancia especial: el puente comunicativo que se establece entre quien transmite un conocimiento y quien lo recibe. Este puente es un centro de atención continua, desde perspectivas diferentes, en las obras agustinianas anteriormente presentadas.

A la hora de analizar el fenómeno comunicativo y las diferentes formas de enseñanza hay que fijarse principalmente en la persona que desea adquirir algún conocimiento. ¿Por qué? Porque es esa persona la que suscita de algún modo en otros el interés y los esfuerzos concretos por enseñar, responder, transmitir y ayudar, de forma que se construya un puente que une a quien habla con quien escucha, a quien ofrece y a quien recibe. Entonces empieza a ser posible que quien busca conocer se acerque a la verdad desde una ayuda autorizada, si el proceso comunicativo procede de modo adecuado y sin graves interferencias.

Surge la pregunta: ¿por qué alguien desea conocer? En otras palabras, ¿dónde encuentra su origen la búsqueda de la verdad? Quien se pone en camino lo hace desde situaciones diferentes. Una consiste en reconocer la propia ignorancia sobre un tema más o menos definido. Otra, relacionada con la anterior, se apoya en la experiencia del error, en el descubrimiento de que algo considerado como verdadero no lo era. Ignorancia y error impulsan a algunos hacia una de las actitudes más negativas, el escepticismo, como ocurrió entre los pensadores censurados por Agustín y sus amigos en el *Contra academicos* (por ejemplo, en II,5,11). Pero también pueden reavivar el deseo por la verdad al promover un mayor esfuerzo y atención para evitar errores en el futuro y para escoger buenos compañeros que colaboren a la hora de salir de la ignorancia. Esto vale tanto en lo que se refiere a los contenidos como en el deseo de distinguir entre nuestros interlocutores quiénes saben, quiénes pueden engañar, y quiénes carecen de conocimientos, pues solo así es posible encontrar en algunos una ayuda fecunda.

La experiencia de la ignorancia y del error podrían también conducir hacia una actitud de duda continua, lo cual conlleva daños para uno mismo, como se evidencia en el ya citado *Contra academicos* y en *De magistro*, pues la duda mal afrontada inmoviliza al ser humano y le impide seguir en camino, o le lleva a limitarse a lo probable, con todos los riesgos que ello implica³. En cambio, si la duda abre a ulteriores esfuerzos, permite y promueve la apertura interior a la búsqueda, en cuanto el ser humano desea salir de la misma a través del acercamiento a la verdad (cf. *De utilitate credendi* 12,27).

Entre errores y dudas, conscientes de la propia ignorancia, en muchos vibra intensamente el deseo de continuar adelante en el camino de la vida con la ayuda de verdades que iluminen y fortalezcan, y de encontrar una «buena compañía» que ofrezca apoyo y luz. La imagen del cruce de senderos que se expone en *Contra academicos* (III,15,34) ilustra esta experiencia: quien desea llegar a un determinado lugar y no sabe cuál sea el camino correcto, siente un alivio muy grande cuando recibe de otro la información que permite salir de la duda y escoger la

³ Con todas las precauciones necesarias, una confrontación de los tipos de duda considerados por Agustín con la duda metódica propuesta por Descartes podría ser de gran utilidad, y serviría para mostrar las notables diferencias entre los dos autores, sobre todo en lo que se refiere a los medios para superar la duda.

senda justa (o al menos la que pueda ser considerada como tal). Tal información llega, normalmente, gracias a quienes conocen bien la zona, los cuales, con esa empatía y afecto natural que nos une como seres humanos, están dispuestos a responder del mejor modo posible a quienes les interrogan.

El punto de partida, por tanto, de quien inicia una búsqueda, como señala *Contra academicos*, radica en el reconocimiento de la propia imperfección: uno es consciente de que le falta algo, de que carece de aquellos conocimientos necesarios para colmar sus aspiraciones. En otras palabras, solo cuando uno reconoce la propia ignorancia se sitúa en estado de búsqueda (idea también subrayada en *De utilitate credendi*, como ya dijimos). La perfección solo será alcanzada, cuando ello sea posible, en el encuentro con la verdad, por lo que la búsqueda no es un fin, sino un medio. Pensar que la búsqueda es buena en sí misma, incluso convertirla en un fin, significaría distorsionar las cosas y considerar los medios como fines. Solo cuando la búsqueda alcanza en parte su meta, el ser humano pasa del estado de ignorancia al asentimiento (aunque sea todavía débil o provisional), con el cual es posible tomar decisiones y seguir el camino.

Agustín denuncia en *Contra academicos* (III,8,17) otro peligro que obstaculiza la búsqueda, un peligro mayor que la ignorancia: la falta de docilidad. A veces esto ocurre tras una experiencia de desengaño, que puede surgir cuando uno se encuentra con quien parecía tener competencia sobre un tema y luego descubre que esa persona carecía de la misma o, en el peor de los casos, que estaba mintiendo. Pero sufrir un desengaño no puede paralizarnos: hace falta superar los daños del mismo para mantener vivo el deseo por la verdad (cf. *De magistro* 10,31)⁴. Curada la herida de un fracaso, de un engaño, uno puede mantener viva una sana actitud de docilidad, una apertura disponible a la ayuda que pueda llegar de otros.

Junto a la falta de docilidad y relacionado directamente con el error, hay otra dificultad sobre la que se habla en *De utilitate credendi*

⁴ En el diálogo donde Platón narra las últimas horas de Sócrates se produce una crisis general de duda y desengaño al constatar que los argumentos no permiten superar las objeciones o han resultado vulnerables. En ese momento Sócrates ofrece una invitación a la confianza y a seguir en camino, pues un fracaso no debe paralizar a sus interlocutores (cf. PLATÓN, *Fedón* 88c-91c).

(1,1 y 11,25): creer haber encontrado la verdad sin haberla encontrado⁵. El camino para «curarla» es obvio: apartarse de la presunción de saber para luego aceptar el propio no saber, con lo que queda abierta la mente y el corazón para seguir en camino hacia la verdad.

Quien alcanza estas nuevas disposiciones ya está listo para iniciar un proceso de búsqueda. Surgen entonces las preguntas fundamentales: ¿cómo aprender, cómo acercarse a la verdad? Existen caminos diferentes. Uno es el de la razón, cuando por sí misma avanza hacia una verdad. Tal es el camino de la filosofía, y resulta especialmente valioso, incluso preferible, como se señala en *Contra academicos* (II,1-3). Otro es el de la autoridad, con sus límites y dificultades, pero no por ello podemos dejarlo de lado. Es gracias a la autoridad que se abre el acceso a tantos conocimientos sobre la realidad que resultan difíciles en sí mismos y respecto de nuestras limitaciones. Además, como recuerda *De magistro* (11,37) no resulta correcto contraponer autoridad y razón, pues se complementan entre sí, y los seres humanos no podemos renunciar a ninguno de estos caminos. Por eso se comprende la crítica hacia los maniqueos que se presenta en *De utilitate credendi* (1,2; 9,21; 11-13) pues miembros de ese grupo afirmaban dejar a un lado el uso de autoridades, lo cual es prácticamente imposible (ni siquiera los mismos maniqueos eran coherentes al respecto, como les reprocha Agustín).

Admitido que la verdad es asequible muchas veces a través de mediaciones humanas, aunque imperfectas (los que hablan pueden equivocarse, o hacerlo mal, o incluso en ocasiones bromean o mienten), Agustín ofrece numerosas reflexiones sobre la «autoridad», es decir, sobre esa cualidad reconocida por la cual uno cree hablar desde un saber y otro (u otros) escuchan desde el reconocimiento del propio no saber. Detengámonos un momento en este punto.

Un ser humano inicia a escuchar (o leer) a quien considera como autoridad solo si reconoce a la otra persona como dotada de algún saber, como capaz de ofrecer ayuda en el camino hacia la verdad. No se trata, simplemente, de limitarse a conocer lo que piensa quien es visto

⁵ Esta dificultad que ya había sido señalada por Platón como la mayor forma de ignorancia. Cf. PLATÓN, *Sofista* 228d-229c, entre otros muchos pasajes en los que el fundador de la Academia denuncia los graves daños de la ignorancia en general y de su forma más grave: creer saber cuando no se sabe.

como maestro, sino de mejorar el propio saber, como bien subraya el *De magistro* (14,45-46)⁶.

Por su parte, maestros, autoridades, escritores, oradores, catequistas, hablan desde la posesión o cercanía a la verdad (al menos así lo suponen), según diferentes ámbitos y con mayor o menor competencia.

Quienes tienen un saber no siempre lo manifiestan, o se dan límites que dificultan una buena relación educativa, como recuerda Agustín en *Contra academicos* (I,3,7), lo cual resulta relevante a la hora de facilitar o de obstaculizar el aprendizaje. Por ejemplo, puede ocurrir que una persona dotada de saber no sea conocida, por lo que la gente no recurriría a ella y así más de uno perdería la oportunidad de encontrar una importante ayuda en el camino hacia la verdad. En otras ocasiones, alguien tiene fama pero carece de un conocimiento digno de tal nombre, por lo que se corre el riesgo de sufrir un engaño si se da a tal persona un crédito que no merece. Para este tipo de casos, vale la pena un esfuerzo por juzgar bien lo que una persona propone y, cuando sea razonable (como ocurre en el famoso diálogo en Casiciaco narrado en el *De magistro*), para separarse de las falsas autoridades y así caminar libremente en la búsqueda de la verdad.

Aquí enmarca Agustín uno de los beneficios de la filosofía: liberar de la esclavitud ante las autoridades, pues nos orienta a adherir no a lo que dice alguien simplemente porque tiene prestigio, sino a buscar la verdad, también cuando ello implica criticar a «sabios» que no lo son (*Contra academicos* I,3,9 y I,9,24)⁷.

Existen otras situaciones problemáticas que afectan directamente a quien tiene «autoridad» cuando adolece de algunas disposiciones negativas que dificultan la tarea de enseñar de otros. Una enumeración de esas disposiciones, con algunos remedios para cada una de ellas, se ofrece en *De catechizandis rudibus* (10,14-11,21) donde Agustín muestra su gran finura psicológica y su conocimiento de problemas que pueden limitar a quienes tienen la hermosa tarea de transmitir verdades a otros.

⁶ Un texto de santo Tomás tiene una gran afinidad con esta idea: «studium philosophiae non est ad hoc quod sciatur quid homines senserint, sed qualiter se habeat veritas rerum» (TOMÁS DE AQUINO, *In I De caelo et mundo* I, lect. 22, n. 228).

⁷ En *De utilitate credendi* (9,22-10,23) Agustín distingue claramente entre creyente y crédulo. Mientras el primero piensa y juzga a la hora de acoger lo que otros le digan, el segundo adolece de falta de prudencia al adherirse a contenidos que luego pueden desvelarse como falsos.

En este cuadro se insertan varios consejos dirigidos a quien habla para que resulte posible ganarse la atención de los oyentes, y que habrían tenido su origen en la misma experiencia de Agustín como maestro de retórica. Para nuestro Autor, que recoge una idea ya presente en Cicerón, resulta fundamental promover en quien escucha tres actitudes: benevolencia, docilidad, atención (*De doctrina christiana* IV,2,3 y IV,4,6). En esa tríada destaca la benevolencia, que tiene su origen en el deseo de saber y facilita enormemente la comprensión, como se recuerda en *De utilitate credendi* (6,13).

Si el que habla llega a amar verdaderamente a quien escucha, si aprende a comunicar con alegría (*De catechizandis rudibus* 2,4); y si quien escucha reconoce y aprecia con benevolencia al que habla, es posible construir un puente comunicativo basado en la mutua aceptación, según se señala en *De utilitate credendi* (2,4 y 8,20). Aquí radica uno de los fenómenos claves que fundamenta todo diálogo fecundo, y que se construye, como hemos visto, desde una síntesis y armonización entre conocimiento reconocido (en quien tiene cierta autoridad) e ignorancia aceptada (por parte del discente).

Unido a lo anterior, Agustín ofrece un juicio de valor positivo respecto de la elocuencia bien estudiada, en cuanto tal disciplina permite conocer técnicas para facilitar la comunicación. Desde luego, para Agustín estudiar retórica no implica conocer la verdad, pues el conocimiento de esta ocupa un lugar superior respecto del conocer técnicas comunicativas, como se explica en *De doctrina christiana* (IV,5,7 y IV,28,61). Lo principal, por lo tanto, consiste en ir a las cosas (*Contra academicos* II,11,26) y no quedarnos en las palabras, que sirven en tanto en cuanto denotan significados relacionados con realidades (una idea clave en *De magistro* 10,34-11,36).

Desde el amor a la verdad, y con una buena empatía, el que habla necesita profundizar otros aspectos de la experiencia comunicativa que tienen gran importancia, y que también entrarían bajo el estudio de la elocuencia, acompañada por una buena experiencia. Uno se refiere a la necesidad de adaptar la modalidad comunicativa que escoge el orador a los fines y a las situaciones del oyente (*De doctrina christiana* IV,9,23), lo cual también exige conocer a fondo la gran variedad de oyentes que uno tiene delante, en la medida de lo posible (como se señala en *De catechizandis rudibus* 8,12-9,13 y 15,23). Igualmente, hay que tener en la

mira la disponibilidad de tiempo, sea del mismo orador, sea de los oyentes, de forma que sea posible escoger bien la materia que pueda ser tratada en un tiempo concreto (nuevamente, una idea presente en *De catechizandis rudibus* 7,11).

Otro punto importante se refiere a la claridad, que tanto facilita la comunicación y que permite a los oyentes acceder mejor a lo que el orador pretende transmitir (*Contra academicos* III,13,29). En vistas a conseguir esa claridad, se hace necesaria una profundización sobre el lenguaje y su función específica, que consiste en ayudar a recordar, en evocar, en significar, si bien sobre estos puntos Agustín reconoce en *De magistro* (en varios pasajes) que existen bastante dificultades, sin olvidar que el lenguaje puede ser usado fuera de su naturaleza propia, es decir, puede ser empleado para engañar (*De doctrina christiana* IV,2,3).

En esta serie de reflexiones no falta una mirada hacia el tema del recurso a la palabra en su forma escrita como ayuda comunicativa, con ideas que evocan en buena parte reflexiones y críticas realizadas por Platón en el *Fedro*. Para Agustín, existen algunas importantes ventajas en la escritura, sobre todo porque quien lee «controla» su modo de acceder al texto (cuánto tiempo le dedica, a qué velocidad, además de tener la oportunidad de volver a leer varias veces las líneas con plena libertad), como se recuerda en *De doctrina christiana* (IV,31,64). No se desconoce la existencia de carencias y límites en un texto escrito, entre las que destaca el riesgo de que uno llegue a entender lo opuesto de lo que quiso decir el escritor, lo cual podría ser subsanado si estuviera presente el autor y se le pudiera preguntar sobre su obra; pero, ¿qué hacer en los muchos casos en los que no resulta posible preguntar al escritor? Este tipo de problemas lleva a auspiciar que los escritos se elaboren con el deseo de que lleguen a ser comprensibles para todos, como se indica en *De utilitate credendi* (5,11), aunque ello no resulte nada fácil.

Entre las dimensiones que entran en juego en la comunicación humana una se refiere al papel de la memoria. Si bien Agustín señala los riesgos del «memorismo» (memorizar sin comprender), también reconoce la importancia de la memoria para mantener el hilo de una conversación, pues sin la ayuda de esta dimensión humana sería imposible comprender de dónde viene un razonamiento y otros muchos aspectos que entran en juego cuando dialogan dos o más personas (*De doctrina christiana* IV,20,39).

Con esta breve síntesis, resultan patente importantes contribuciones que san Agustín ofrece respecto del tema de la comunicación humana, desde un punto de partida ineliminable: el deseo de la verdad. Por eso, es oportuno prestar una atención especial hacia los temas más importantes, hacia aquellos argumentos que merecen las mejores disposiciones y esfuerzos por parte de cada ser humano: la salvación eterna (*De doctrina christiana* IV,5,8; IV,6,9-10) y, sobre todo, el amor, en el que se encuentra el fin de todo (*De catechizandis rudibus* 3,6). Si esos son los temas centrales, los que deciden el destino temporal y eterno de cada ser humano, existe el deber de trabajar por lograr la mejor presentación posible de los mismos.

¿Dónde encontrarla? ¿Quién la puede ofrecer? También sobre esto Agustín tiene algo que decirnos: Cristo. Su autoridad destaca por encima de la de cualquier maestro humano (*Contra academicos* III,20,43; *De utilitate credendi* 14,31 y 16,34). Esa autoridad se manifiesta a través de los milagros y de la enseñanza, y se conserva y transmite en la Iglesia, formada por una multitud de personas que han creído en el Maestro por excelencia. Ese gran número de creyentes resulta ser una ulterior garantía de la autoridad de Cristo, reconocida a lo largo del espacio y del tiempo por quienes han aceptado la doctrina católica (según lo expresan los dos pasajes apenas citados del *De utilitate credendi*).

Cada ser humano sigue en camino hacia la verdad, una verdad que es como la hermosura, «antigua y nueva» según la famosa expresión de las *Confesiones* (X,27,38). Una verdad que atrae porque sin ella no podemos respirar, ni pensar bien, ni decidir correctamente. Una verdad buscada en compañía, con amigos que han sido a su vez iluminados por la Verdad en persona, que vino a este mundo para hablar con palabras humanas, y que dejó, en la marcha de la historia, a la Iglesia católica, continuadora del mensaje del mejor y más perfecto Maestro de todos los tiempos: el Dios y Hombre Jesucristo.

Summary: The present article develops a synthesis of different ideas of St. Augustine about dialogue and human education, on the basis of five works of the Bishop of Hippo, giving special attention to his statements about the way in which the one who is speaking and the one who is listening should relate to each other.

Sommario: Il presente articolo elabora una sintesi di diverse idee di Sant'Agostino sul dialogo e l'educazione umana, a partire da 5 opere del vescovo d'Ippona, con speciale riguardo alle sue dichiarazioni circa il modo di rapportarsi tra chi parla e chi ascolta.

Key words: Augustine, education, theory of dialogue, authority.

Parole chiave: Agostino, educazione, dialogo, autorità.